

El sol y la bruma

de Jaime Gazmuri y Jesús Manuel Martínez (entrevistador)
Ediciones B, Santiago de Chile, 2000, 420 páginas.
por Hernán Neira¹

El sol y la bruma, de Jaime Gazmuri y Jesús Manuel Martínez, está a medias entre la autobiografía, la crónica política y la entrevista a un hombre público. Martínez escribe en el Prólogo: “no serán unas memorias ([Gazmuri] es demasiado joven), ni una biografía (está demasiado vivo); no será un libro firmado por el senador pero escrito por un plumario (es demasiado honesto). Será una conversación, una conversación entre un actor y un observador” (p. 14). El primero es ex-secretario general y uno de los fundadores del MAPU, líder del mismo partido en clandestinidad, posterior exiliado y actual senador. El segundo, el entrevistador que confirma el libro, es un extranjero afincado en Chile en los años sesenta, ex-estudiante de teología, cercano al entrevistado, conocedor de la política nacional y, al mismo tiempo, un hombre que por su condición de español ve los acontecimientos con la distancia necesaria para no identificarse ni con Gazmuri ni con lo que él cuenta, a pesar de la simpatía o incluso admiración que les profesa. Sabe conducir las preguntas por los temas esenciales, que son los de una reflexión sobre la experiencia política chilena, en especial de la izquierda, en los últimos cuarenta años. Con todo, el libro no pretende la rigurosidad del historiador, pues por una parte toma la forma de entrevistas y, por otra, tiene algo de testimonio, sin ser exactamente un libro testimonial.

¹ Hernán Neira es profesor de la Univ. Austral de Chile, Instituto de Filosofía y Estudios Educativos. hneira@uach.cl

Las entrevistas recogen la frescura de la oralidad, pero al mismo tiempo son librescas en el sentido propio del término. Nos dan acceso a algo a lo que sólo la palabra escrita *in extenso* accede: la posibilidad de que el personaje explique y se explique, hecho de singular importancia cuando se trata de alguien que, por su condición de liderazgo, no sólo debe dar cuenta a sí mismo de lo que ha hecho, sino que también debe hacerlo a sus compañeros de partido, a sus electores y a la sociedad. Ese explicarse pacientemente permite que *El sol y la bruma*, además de brindar una época vista por uno de sus actores principales, brinde el contexto para comprenderla.

La época comprendida en el libro abarca desde principios de los años sesenta hasta el comienzo de la transición, con algunos alcances a los momentos actuales. Cuarenta años atrás Gazmuri era un joven agrónomo que trabajaba en INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario), que constató la sindicalización campesina y la radicalización de los jóvenes de la Democracia Cristiana, de la que él era miembro y de la que se escinde junto a algunos camaradas para participar en la fundación del MAPU (Movimiento de acción popular unitaria), partido pequeño, hoy disuelto y casi olvidado, pero que fue decisivo para el triunfo de Allende. Más adelante se recoge el período el gobierno de la Unidad Popular, la dictadura, la clandestinidad y el retorno a la democracia.

Uno de los principales valores del libro es que nos recuerda el pasado del senador Gazmuri y además lo explica, lo que es tanto más importante si se toma en cuenta que hablamos de un político cuya obra anterior es desconocida para la gran mayoría de sus electores, pues sólo las personas especialmente interesadas en los asuntos públicos recuerdan al secretario general del MAPU y después al líder en clandestinidad. Ese pasado, aunque no siempre se le recuerde, es el pasado de todos. Gracias a éste, incluso quienes son demasiado jóvenes para haberlo vivido, disfrutan hoy de una libertad inimaginable entonces. Sin ser un tratado de sociología o historia política, *El sol y la bruma* permite comprender cómo llega el MAPU a constituirse en el cobijo de cristianos desencantados del gobierno de Frei. Pero el desencanto no proviene sólo de que sus reformas fuesen vistas como demasiado tímidas por una población que las quería más intensas y más rápidas, sino del hecho de que los jóvenes líderes de esa época lo fueron, en parte, gracias a las lecturas que hicieron de adolescentes. Manuel Martínez le pregunta “¿Qué leías?”, y Gazmuri responde: “Lo

que leíamos todos: las encíclicas sociales, a pensadores católicos como Jacques Maritain. Pero ahí llegué muy rápido a Emmanuel Mounier y Teilhard de Chardin [...] De los chilenos, Jorge Ahumada (*En vez de la miseria*), antes de pasar a Aníbal Pinto con su *Chile, un caso de desarrollo frustrado*, y enseguida a los autores marxistas [...] los seis tomos de *La segunda guerra mundial*, de Churchill [...] los grandes católicos franceses, Georges Bernanos, Mauriac, antes de llegar a Sartre, a Simone de Beauvoir, a Camus” (p. 23).

Quizás a los más jóvenes resulte difícil comprender hasta qué punto esas lecturas pueden cambiar la mentalidad de un muchacho, hasta qué punto pueden ser, además de incitantes, peligrosas, hasta qué punto esos libros son co-responsables, para bien y para mal, de la formación del MAPU y de la trayectoria de Gazmuri y otros dirigentes. Esas lecturas van de lo más granado del conservadurismo católico a lo más granado del existencialismo ateo, confiriendo así una amplitud casi contradictoria a la formación de Gazmuri, formación que no es muy disímil de la de otros dirigentes. Eso facilita la comprensión de que dado el MAPU y otros partidos de izquierda hayan podido virar del progresismo cristiano al marxismo-leninismo, tanto más si se toma en cuenta que tal era la tendencia mundial.

Será también esa amplitud la que permitirá al MAPU tener una política de acercamiento a los militares en el período 70-73. A diferencia de otras colectividades, no buscaba oponer suboficiales a oficiales ni constituir grupos de guerrillas, sino aumentar –tal vez ilusoriamente– la influencia del general Prats y de la doctrina Schneider, según la cual el ejército debía garantizar el respeto a la legalidad, lo que suponía enfrentarse a eventuales generales golpistas. Prats, según Gazmuri, habría propuesto a Allende un cambio de mando, pero el Presidente no accede y poco después se produce la manifestación de mujeres que lleva al comandante en jefe a renunciar. A Pinochet dedica varios pasajes, confirmando que estaba entre los constitucionalistas hasta la renuncia de Prats (Lucía le lleva flores a Sofía Prats el día de la renuncia). “Leigh conmina a Pinochet a firmar y a Pinochet le cuesta. Es una invitación conminatoria: “Voy a dar el golpe y espero que usted se sume”. Pero es también una promesa: “si se suma, usted lo encabeza” (117).

Ese pequeño análisis de lo militar está hecho, como todo el libro, bajo una óptica política, profesión y pasión que Gazmuri reivindica. La derrota del 73 es considerada “política”, es decir, debida a que no se

consiguió una mayoría suficientemente amplia como para impulsar las transformaciones que se deseaba, y no a que la vía chilena y pacífica hacia el socialismo hubiese debido dejar paso a una vía violenta, como planteaban sectores del PS y del MIR (p. 125 y ss.). Una de las virtudes del libro es mirar desde adentro y afuera al mismo tiempo, como se constata en las páginas dedicadas a los últimos días de Allende. Gazmuri aclara que no fue un allendista inicial, pues estaba convencido, como muchos miembros del MAPU, que el futuro Presidente era un político que ya había fracasado. Allende, en cambio, se interesaba en el MAPU: "cuantitativamente, éramos un partido pequeño, pero teníamos la calidad de una fuerza joven, nueva, con puertas al mundo cristiano. Teníamos una valencia mayor que nuestra fuerza real", afirma Gazmuri (p. 77).

Viene después la época de la clandestinidad, centrada, al principio, en el hecho de sobrevivir y dar apoyo a los familiares de los detenidos. Gazmuri es el único jefe de los partidos de la UP que ni es detenido ni se exilia, de forma que su sola libertad es un desafío al régimen. Aparecen los encuentros con Exequiel Ponce o Carlos Lorca, desaparecidos ambos, los intentos de reconstitución de la UP, los "puntos" (contactos clandestinos), los alias y los sosías para ocultar la identidad y toda esa doble vida que fueron para muchos los diez primeros años de Pinochet.

Alineado, durante el gobierno de Allende, con opciones marxista-leninistas, Gazmuri, como otros líderes de la izquierda, criticarán a principios de los ochenta esas mismas posturas, facilitando así un entendimiento con la Democracia Cristiana, del cual será co-artífice. Así se van entretrejiendo, sin que Gazmuri ni otros protagonistas lo percibieran claramente entonces, las condiciones para que primero se cree la Convergencia Socialista y después el Bloque por el socialismo, lo que facilitará la disolución del MAPU-OC, todo lo cual, por haberse dado en clandestinidad o al menos con ocultamiento, es poco conocido del público, incluso del de entonces. En efecto, esos nuevos referentes son mucho más amplios que un partido, lo que es coherente con una época (mediados de los ochenta) en que el movimiento social va haciendo cada vez menos necesaria la vida clandestina. El carácter no partidario de esos movimientos y la evolución al interior de la Democracia Cristiana, que se abre a un entendimiento con los partidos de izquierda que han renunciado al leninismo, generan las condiciones para la Alianza Democrática, proceso en el que Gabriel Valdés juega un papel destacado. Finalmente una parte importante del Movimiento Democrático

Popular, en especial del PS Almeida, decide, también, jugarse la carta del plebiscito, con los resultados que conocemos (la otra fracción socialista, el PS 24º Congreso, al que se había integrado el MAPU, había decidido mucho antes participar en el plebiscito del 88).

¿Qué es lo fundamental del libro? Que nos permite seguir la vida y reflexión de un joven cristiano que evoluciona hacia la izquierda al mismo tiempo que lo hace el país y cómo, este mismo joven, constituido en Secretario General de un partido, realiza la crítica de hechos de los que ha sido, al menos parcialmente, responsable. Todo ello, por cierto, sin caer en la bobería, tan de moda, de querer volverse atractivo mediante la exhibición del “lado humano”, como si la política no fuera una categoría esencial de los hombres.

Aun declarándose optimista, hay un dejo de tristeza en el relato de Gazmuri, ya cuando narra la muerte de Allende, ya cuando narra la fusión del MAPU-OC con el Partido Socialista (a su vez dividido). Ahora bien, que se reflexione sobre la “derrota política porque “no logramos constituir una mayoría suficiente para la naturaleza de las profundas transformaciones que queríamos desarrollar en la sociedad chilena” (126) no significa que el narrador pretenda conocer el “sentido de la historia”. La historia es para Gazmuri algo abierto, de ahí que se proponga replantear a fondo el pensamiento de la izquierda: “no hemos modelado todavía un pensamiento consistente, tampoco tenemos un relato, convicciones firmes con las que apelar poderosamente a la convocatoria ciudadana y gestionar las cosas de distinta manera” (319).

El libro, narrado desde la izquierda, es crítico aunque no autoflagelante con el partido en que militó su autor (el MAPU) y con el que milita ahora (PS), no por un intento de desligarse de los posibles errores de éstos, sino por esa capacidad de verse desde adentro y desde afuera. Ese hecho, posible por la pluralidad de lecturas juveniles que ya hemos mencionado, lo constituye en una fuente para quienes posteriormente realicen la labor de comprensión histórica del período que Chile vive todavía. *El sol y la bruma* concluye poco después del triunfo del “no” (5 de octubre del 88), sin detenerse mayormente en la exégesis del período actual. Con todo, la crítica de Gazmuri a la “revolución en libertad”, de Frei Montalva; a la “vía chilena hacia el socialismo”, de Allende; y a la revolución autoritario-capitalista de Pinochet, entrega datos que pueden ser útiles tanto para comprender la transición como para incentivar la renovación del pensamiento político actual. No lo dice el autor,

pero quizás desde entonces vivimos en el mismo gran período histórico, aquél en el cual ni el centro, ni la izquierda ni la derecha han podido generar un arco político suficientemente amplio para realizar *sin violencia y sin desgobierno* las transformaciones que el país requiere, aunque por fortuna estemos ahora más cerca de ello que en la época descrita por Gazmuri, acercamiento al que *El sol y la bruma* contribuye.